

Hacia un feminismo plebeyo

Natalia Martínez¹

Aun cuando la violencia de género no es un fenómeno reciente, asistimos a nuevas y extendidas movilizaciones sociales que dan cuenta de cierta singularidad en el régimen actual, neoliberal y trans-feminicida, de los cuerpos. Un modo de comenzar a descifrar este régimen sería el de reconocer la operatividad de sus dispositivos del poder, aquella que sostiene la misoginia, el falogocentrismo y la heteronormatividad. En este breve ensayo me gustaría emprender una ruta alternativa, reflexionando sobre esos dispositivos, pero a partir de las modalidades de su confrontación. Si partimos de reconocer al “Ni Una Menos” (NUM) como una de las principales movilizaciones que viene enmarcando y multiplicando los reclamos en contra de la violencia de género, ¿qué nos pueden decir sus prácticas y banderas en torno a la configuración de la resistencia hacia los dispositivos actuales del poder?

Desde la negación

(...) afirmamos el derecho a decir NO frente a aquello que no se desea: una pareja, un embarazo, un acto sexual, un modo de vida preestablecido. Afirmamos el derecho a decir NO a los mandatos sociales de sumisión y obediencia.

Del Documento leído en la Plaza de los Dos Congresos, 03/06/2015

La obra de Michel Foucault puede, sin lugar a dudas, orientarnos en este recorrido; en particular, a partir de su indagación sobre los límites del poder, o lo que en la entrevista que le hiciera Jacques Rancière define brevísimamente como “de la plebe”. Como allí indica, la plebe no se restringe a una realidad sociológica, sino que se refiere a esa cualidad que “escapa de algún modo a las relaciones de poder; algo que no es la materia primera más o menos dócil o resistente, sino que es el movimiento centrifugo, la energía inversa, lo no apresable”². Por eso, desde esta perspectiva, y como refiere más adelante,

“La” plebe no existe sin duda, pero hay “de la” plebe [“de la” plèbe]. Hay de la plebe en los cuerpos y en las almas, en los individuos, en el proletariado, y en la burguesía, pero con una extensión, unas formas, unas energías y unas irreductibilidades distintas. Esta parte de la plebe no es tanto lo exterior en relación a las relaciones de poder, cuanto su límite, su anverso, su contragolpe; es lo que responde en toda ampliación del poder

¹ Investigadora Asistente del CONICET. Programa de Estudios en Teoría Política, CIECS, FCS-UNC y CONICET.

² M. Foucault, “Poderes y Estrategias”, en *Microfísica del Poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, p. 177.

con un movimiento para desgajarse de él³.

Uno de los sentidos más insistentes de las movilizaciones que emergieron tras el grito de “Ni una Menos” es el de haber llegado a un límite: el mismo “NI una menos” que prosigue en la historia de los feminismos latinoamericanos al de “NI una más” mexicano, los “¡BASTA!”, “NUNCA más, NI una menos”, “NO quiero tu piropo, quiero tu respeto”, “NO me silbes, NO soy un perro”, “BASTA de machismo”, “BASTA de femicidio”, “NO se te ocurra ponerme las manos encima JAMÁS”, “NO me insultes, NO me grites, NO me humilles, NO me pegues”, “NO soy la mujer de tu vida, soy la mujer de mi vida” “NADA, NUNCA, justifica ni provoca una violación”, “NI por estudiante, NI por mapuche, NI por mujer”, son algunas de las frases que circularon y circulan en las convocatorias del NUM, y que cada vez que se pronuncian, se gritan, vuelven a marcar ese límite. Este límite no se marca desde un afuera invulnerable, desafectado por los vínculos opresivos que denuncia; emerge desde las propias garras del poder que asesina. Es un límite que, asumiendo lo personal de lo político y lo político de lo personal, se organiza en colectivo y se grita en la intimidad singular de su *modus operandi*. Basta, así no, ya no, esto se terminó.

Pero, ¿qué es en definitiva lo que se termina, o se quiere terminar?, ¿qué dicen los “no”, “ni”, “basta” del NUM? Sin atender a la particularidad de los reclamos, que aún cuando se repiten no dejan de multiplicarse, considero que una manera de comenzar a comprender sus sentidos es atendiendo a su propia formulación, desde la negación. El registro e imposición de un límite dan cuenta de una crisis al interior del campo significativo que se habita. Una crisis del régimen de verdad y, con ella, una crisis de los modos en los que (des)subjetivan. Por eso se dificulta hablar en positivo; porque es, ante todo, la premura del daño instituido el que impulsa nuestra condición del habla. Porque todavía no hay palabras para referirse al más allá del orden al que resistimos -o si las hay, aún no llegan a ser audibles para todxs-; sólo hay formas inadecuadas o incoherentes de convivir en él. Aunque sólo son inadecuadas si atendemos a sus efectos previsibles, a las formas esperadas y congruentes con sus formulaciones. Porque vista de otro ángulo, esta incoherencia o inadecuación es precisamente la que incomoda, la que rasga los tejidos de nuestras matrices de inteligibilidad y, de ese modo, habilitan una interrogación constante por aquello que antes quizás ni siquiera percatábamos.

En este sentido, y siguiendo la lectura que de Foucault realiza Isabell Lorey, las movilizaciones del NUM parecen plantear una “modalidad inmanente de crítica resistente, en la que el rechazo y la negativa pueden entenderse como

³ *Idem.*

una praxis productiva”⁴. Para Lorey, atender a “lo plebeyo” implica pensar la negación, el rechazo, no como mera negación, un límite impuesto a lo dado, o réplica inversa de lo mismo, sino como productividad, como una potencia constituyente⁵. El límite no registra únicamente un “no más” de lo mismo; inaugura una inscripción distinta de lo esperado, una que lo desobedece y, de esa forma, compone un rastro novedoso. De esta manera, la autora añade a su interpretación sobre “lo plebeyo” un elemento que ya no sólo alude al límite del poder, sino a su configuración como “contragolpe”, como “crítica”. Decir “no más”, “ni una más” desde esta perspectiva, implica también un cuestionamiento persistente sobre los modos de ser gobernadx, “de ese modo, a ese precio”; un cuestionamiento que se actualiza en cada práctica, sin cláusulas ni recetas que garanticen emancipaciones más o menos puras. En cualquier caso, se habilita una potencia productiva que transforma el contexto desde donde la negativa emerge. Ya no queda sólo un camino, el pautado, para salir de la crisis; tampoco tenemos que conformarnos con un alternativo inverso. Para Lorey, que en esto sigue a Paolo Virno, las luchas plebeyas transforman la estructura y, de ese modo, las relaciones de poder se multiplican, incluso haciendo desaparecer “ésta o aquella modalidad restringida de gobierno”⁶. Lo importante sería percatarse entonces, desde y hacia donde se están multiplicando esas relaciones de poder. Si como Foucault sostiene, “la resistencia al poder (...) Existe porque está allí donde el poder está: es pues como él, múltiple e integrable en estrategias globales”⁷ ¿cuáles vienen siendo las estrategias del NUM?

La comunidad del “Vivas nos queremos”: ¿Pueblo o multitud?

Desde el 3 de junio del 2015 a la fecha, el NUM ha logrado exceder el propio marco del que lo vimos emerger. Aun cuando en el primer documento leído en junio del 2015 las demandas no se limitaron a la denuncia sobre la violencia ejercida sobre las mujeres, poniendo en evidencia la figura del femicidio, los reclamos que se enmarcan en las movilizaciones convocadas desde el NUM son cada vez más amplios y heterogéneos. Como llegaron a señalar en el llamamiento al *Paro Internacional de Mujeres*: “Nos organizamos en todas partes: en las casas, en las calles, en los trabajos, en las escuelas, en las ferias, en los barrios. La fuerza de nuestro movimiento está en los lazos que creamos entre nosotras. Nos organizamos para cambiarlo todo”⁸. ¿Cómo podemos comprender la creciente amplitud y

⁴ I. Lorey, “Tentativa de pensar lo plebeyo. Éxodo y constitución como crítica”, p. 158.

⁵ I. Lorey, op. cit. p.172.

⁶ I. Lorey, op. cit. p. 172. La obra de Paolo Virno referenciada es: *Gramática de la multitud*, Madrid: Traficantes de sueños, 2003, p. 171..

⁷ M. Foucault, op. cit., p. 181.

⁸ Del Llamamiento al Paro Internacional de Mujeres, disponible en: <http://parodemujeres.tiempoar.com.ar/el-paro/llamamiento/>

heterogeneidad que viene siendo propia del NUM?, ¿quiénes se erigen en nombre de las “unas”? O, en otras palabras, ¿cómo se modula el movimiento centrífugo que viene generando el NUM?, ¿se puede reconocer en su seno algún tipo de articulación de las resistencias? ¿O es que su potencia radica precisamente en la imposibilidad de constituirse en unidad?

Desde las repercusiones del *Paro Internacional de Mujeres*, el NUM se viene extendiendo por América Latina y, según algunas aproximaciones, ha llegado a erigirse junto a movilizaciones como las de la *Marcha de las Mujeres de Washington* como “el emblema del nuevo movimiento feminista transnacional, antirracista, antiimperialista, antineoliberal, y anti-heteronormativo”⁹. Como ya he señalado, entiendo junto a Lorey que la negación -en este caso, referenciada por el “anti”- es en sí misma una potencia constituyente. Implica una afirmación sobre lo que no se quiere, al mismo tiempo que inaugura, en ese rechazo, un proceso de des-sujeción, de desidentificación -en términos rancierianos- que alteran el reparto del orden de lo sensible, las condiciones de posibilidad del ser. Las preguntas que ahora quisiera abordar son ¿cuáles son esas otras posibilidades de configuración del ser?, ¿son múltiples?, ¿indefinidas?, ¿o hay algún otro principio que las ordene además del de la negación? Si retomamos la obra de Rancière para intentar aproximarnos a una respuesta, las movilizaciones del NUM claramente se pueden comprender como esa irrupción de lxs que no tienen parte que desordena al orden policial, “natural”, que les había sido asignado. Quienes irrumpen -en nuestro caso, la irrupción se hizo más mediáticamente visible en nombre del daño ejercido sobre las mujeres cis, heterosexuales- provocan una distorsión en el orden instituido y de esa forma habilitan nuevos modos de subjetivación política. Para Rancière esta subjetivación se hace posible previa desidentificación -como “arrancamiento a la naturalidad de un lugar”¹⁰- y “produce una multiplicidad que no estaba dada en la constitución policial de la comunidad, una multiplicidad cuya cuenta se postula como contradictoria con la lógica policial”¹¹. Una de las referencias más comunes de esa multiplicidad, alude el autor francés, es el propio “pueblo”; en cuyo pronunciamiento, antes que una convocatoria a la unidad del orden establecido, se insta más bien a la desunión de la comunidad consigo misma. El pueblo “es siempre más o menos que sí mismo”¹² porque ofrece su nombre a cualquiera quien requiera la inscripción del daño sufrido por esa misma comunidad a quien se lo grita.

En nuestro análisis, el proceso que viene habilitando la multiplicación de

⁹ Karina Bidaseca, Ianina Lois, “8M: Ni Una Menos Paro Internacional de Mujeres”, en AAVV, *#Ni Una Menos, Vivas Nos Queremos*. Buenos Aires: Milena Caserola, 2017, p. 10.

¹⁰ J. Rancière, *El Desacuerdo. Política y Filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, p. 53.

¹¹ J. Rancière, op. cit., p. 52.

¹² J. Rancière, op. cit., p. 24.

los reclamos bajo el NUM hace cada vez más audibles y visibles, no sólo los reclamos de las mujeres cis heterosexuales, también los que se producen en nombre del colectivo trans, lesbianas, estudiantes, trabajadorxs precarizadxs, trabajadorxs sexuales, desaparecidxs por trata, mapuches... quizás se pueda entender como un proceso de subjetivación política a la rancieriana, incluso uno que aluda, desde esta perspectiva, a la configuración de un pueblo¹³. La dificultad deviene, sin embargo, si desde esta perspectiva procuramos analizar las implicancias o efectos políticos de esa misma subjetivación. Es decir, si movemos el foco de nuestra atención desde el momento dislocatorio de la distorsión (*tort*) a la potencia subjetiva que se instaure. Porque aun cuando la fuerza distorsiva se sostenga en cada encuentro o movilización del NUM, habilitando el grito de nuevos daños (*tort*) y desidentificaciones, aun cuando la gramática de la negación mantenga su potencia de transformación, en tanto desobediencia y desapego de las relaciones de poder que imperan, resta reconocer los horizontes políticos que cada una de esas subjetivaciones políticas abren (o cierran). En otras palabras, además de la multiplicidad de diferencias que la desidentificación anuncia, quedan por reconocer los universales por cuya proclamación se promete un nuevo ordenamiento policial, más justo. Y aquí no me refiero al gesto que como “metáfora estética”, en palabras de Žižek, “se activa cuando una demanda particular representa el gesto universal de rechazar el poder que sea”¹⁴. Gesto que se sintetiza en la proclama: “Si nos tocan a una, nos tocan a todas” o el señalado con anterioridad, “Nos organizamos para cambiarlo todo”. Nos referimos más bien a reconocer cuál es el potencial que se abre desde las nuevas subjetivaciones políticas en la configuración de un nuevo orden policial de los cuerpos; es decir, su potencialidad para habilitar otros modos del hacer, modos del ser y modos del decir.

¹³ En esta línea, se puede referenciar el trabajo de F. Galende, “Rancière, Arte, Performance y Teoría”, en A. M. Tello (ed.), *Gobierno y Desacuerdo. Diálogos Interrumpidos entre Foucault y Rancière*, Asociación Communes, Viña del Mar, 2016, pp. 173-194.

¹⁴ S. Žižek, “La lección de Rancière”, en A. M. Tello, óp. cit. p. 263. En este sentido, recordemos que para Rancière habría un solo universal en la política, un “universal polémico”, que es la igualdad que se asume en la figura de la distorsión. J. Rancière, óp. cit. p. 56.